



NUM. 30. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 29 DE JULIO DE 1866.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO X.

REVISTA DE LA SEMANA.



Segun indicamos en nuestra anterior revista al concluir la semana última, gozaba entero crédito la noticia de haberse acordado un armisticio de cinco dias entre Austria y Prusia, armisticio á que tambien debió dar su asentimiento Italia. La noticia no se confirmó plenamente pero siguen en pie las negociaciones.

La lentitud con que de entonces acá opera el ejército prusiano, que siguiendo con resolucion su camino despues de la batalla de Sudowa podria encontrarse ya á la vista de Viena y haber librado el postrer y decisivo encuentro, deja presumir que en la esperanza de un arreglo las dos naciones rivales, economizan sus fuerzas. De esta presuncion, que contribuyen á hacer verosimil las correspondencias que del teatro de la guerra se reciben, ha nacido sin duda la especie de que Austria se conforma á suscribir las bases preliminares propuestas por el gabinete de Berlin, segun las cuales, la confederacion germanica, se reorganizaria de nuevo bajo la direccion de Prusia, escluyendo el elemento austriaco. Si el emperador Francisco José suscribe un arreglo con estas condiciones, la paz es cosa segura y en breve los que tienen fe completa en el acierto y la perseverancia de Napoleon veran sus cálculos coronados del éxito mas brillante. Una conferencia diplomática facilitará el camino á la celebracion del famoso congreso de soberanos, que modificando los limites de las naciones y abriendo una nueva y profunda brecha á los tratados de 1815, buscará por otros medios mas en armonía

con los intereses napoleónicos ese soñado equilibrio europeo, ideal de los hombres de Estado del siglo XIX, y hasta que la cuestion de Oriente vuelva á reaparecer, como reaparecerá antes de poco, el viejo mundo podrá gozar una época mas tranquila que la que en la actualidad atraviesa.

No obstante la aparente naturalidad con que habrian de encadenarse estos sucesos y á pesar de que todas las cosas parecen disponerse de un modo favorable á la paz, algunos periódicos estrajeros comienzan á sospechar lo que antes de ahora habiamos indicado nosotros. Austria acepta en los primeros momentos cuanto se le propone; desempeña con verdadera mansedumbre su papel de víctima; autoriza con su vago asentimiento los pasos que en sentido conciliador da el gabinete de las Tullerías, pero al ir á cerrar las negociaciones, siempre encuentra una pequeña dificultad que las hace imposible y es necesario comenzar de nuevo. ¿Será su conducta hija de un plan diplomático y estratégico que la proporcione reorganizar sus fuerzas y abandonar el papel que representa cuando sus medios se lo permitan? Las publicaciones á que nos hemos referido, las mismas que hasta ahora condenaban la actitud intransigente de Prusia y la poco razonable conducta de Italia al traspasar de nuevo el Mincio despues de la cesion del Véneto, empiezan á sospecharlo asi y acusan al gobierno de Francisco José de falta de franqueza en sus relaciones con Francia. En este estado la cuestion, el telégrafo nos ha sorprendido con la noticia de una gran batalla naval que ha tenido lugar cerca de Lissa, punto designado hace algun tiempo por las correspondencias como el mas á propósito para el desembarco, proyectado por el rey Víctor Manuel y su estado mayor de generales en el último plan de campaña.

Hasta hoy se habia estado en la inteligencia, fundada por otra parte, de que la escuadra italiana era muy superior á la austriaca que por dos ó tres veces ha rehuído un encuentro. El resultado del combate de Lissa viene á quitar una nueva ilusion en este punto á los ardientes partidarios de Italia. Se ha hecho evidente que cuando menos ambas escuadras son iguales en condiciones de brabura é inteligencia, y en esta ocasion la austriaca ha llevado sobre sus enemigos la ventaja, de una fortuna decidida, que, contraria en unos lances y favorable en otros, viene dando hace algun tiempo á los austriacos pruebas de su proverbiales caprichos.

En el momento en que escribimos estas líneas, aun

no se tiene una relacion completamente verídica de este hecho de armas. Los partes recibidos pintan su resultado de muy diverso modo, segun que proceden de Florencia ó de Viena. Sin embargo, de lo que hasta ahora se conoce y deduciendo y restando de cada version lo que el espíritu de partido ó de nacionalidad haya podido añadir, se viene en conocimiento de que el choque ha sido desfavorable á los italianos. Despues de un encarnizado combate sostenido con verdadero valor por ambos contendientes, la magnífica fragata acorazada *Re d'Italia* y la cañonera *Palestro* fueron echadas á pique por sus contrarios, los cuales al terminar la lucha solo habian sufrido averias que aunque de alguna consideracion no les impidió seguir su rumbo.

El nuevo revés sufrido por Víctor Manuel en el mar, aunque compensado con algunas pequeñas ventajas obtenidas por el cuerpo de ejército que ocupa el Tirol, antes que á otra cosa, ha contribuido á exasperar al partido de accion hiriendo la fibra del amor propio nacional é imposibilitando mas y mas un arreglo mientras las armas italianas no logren un brillante desquite de sus derrotas.

Hay sin embargo un dato favorable en el sentido de la paz, y es la actitud en que se han colocado Inglaterra y Rusia. Estas dos naciones que en un principio se mantenian en la reserva mas profunda, han salido de su sospechoso silencio para adherirse á los planes del emperador Napoleon, al cual han felicitado animándole á proseguir en sus negociaciones conciliadoras.

Como es natural, en el estado en que se encuentra la cuestion, circulan varias versiones acerca de las bases del futuro arreglo. La mas verosimil, caso que éste llegue á ser un hecho, es la siguiente: Queda destruida la obra del Congreso de Viena en lo que respecta á Alemania, rompiéndose el lazo de la antigua Confederacion. La region del Norte se constituirá de nuevo bajo los auspicios de la Prusia, la cual se anexionará los ducados del Elba, escepto la porcion del Schleswig, que pertenece á Dinamarca. Parte del reino de Hannover, del ducado de Hesse-Darmstadt, toda la Hesse-Electoral y la antigua é importante ciudad de Leipsick, pasarán igualmente al dominio de Prusia, que representará, uniéndose á ellos por medio de un nuevo lazo federativo, á los desmembrados reinos de Hannover y Sajonia.

Los Estados de Alemania meridional que se encuentran divididos de los del Norte por la línea del Mein,

se constituirán en una forma independiente, bajo la decisión militar y diplomática de la Baviera, que por este arreglo se eleva á un rango muy superior al que hasta aquí había ocupado en Europa.

El imperio de Austria, escluido de la Confederación, conservará íntegras sus posesiones, si se exceptúa el Véneto. Italia, al recibir el Véneto, pagará una indemnización de guerra á Francisco José, el que á su vez la entregará á Prusia.

Tal es en ligeros rasgos la fisonomía política de la semana que acaba de transcurrir, y durante la cual el calor estremándose, ha contribuido á hacer mas aburrida y monótona la estancia en la heroica villa del oso á los condenados á sufrir en ella los rigores del estío. Para nosotros los días se suceden y al contrario de lo que asegura la máxima, todos se parecen.

El circo del Príncipe Alfonso y los jardines de Price, únicos que sostienen la bandera de los espectáculos públicos durante esta enojosa temporada, suelen ofrecer no obstante alguna distracción á sus favorecedores: pero durante la semana última, todo parece haberse conjurado en su contra. Dos jóvenes gimnastas que causaban las delicias de muchos que se estremecen al presenciar el bárbaro espectáculo de las corridas de toros, se han caído desde lo mas alto del techo del circo, probando á los sistemáticos detractores de nuestra fiesta nacional, que en los demás países donde tan en boga se encuentran esos peligrosos ejercicios no están mas adelantados que nosotros en punto á diversiones públicas. En el jardín de Price los aficionados á la música, solo han encontrado una decepción en el concierto á beneficio de las viudas y huérfanos de los marinos muertos en el glorioso ataque del Callao. El ruido de la pólvora ahogaba en su sentir las notas de la armonía tanto como el humo á los circunstantes. Los entusiastas de la pirotécnica en cambio creen que la música estaba de mas, porque en sordecia y quitaba la gracia al especial chasquido de las ruedas giratorias y al trueno de los cohetes. A unos y otros puede consolarles la idea de que con oír un poco de bulla y respirar un poco de azufre, han contribuido al logro de una buena acción, mérito que no siempre puede contraerse á tan poca costa.

Por la revista y la parte no firmada de este número,
GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

LA RELIGION DE LOS MEJICANOS ANTES DE LA CONQUISTA.

La religion de los mejicanos parece haber sido una mezcla de monotheismo y de paganismo, pues veneraban á un Dios Supremo, Creador y Señor del universo, al que en sus oraciones calificaban de «Dios por quien vivimos, que está en todas partes, que lo conoce todo, que dispensa todos los bienes; Dios invisible, incorpóreo, completa perfeccion y pureza, bajo las alas del cual se encuentra el reposo y un abrigo inviolable,» pero al mismo tiempo creían en otras trece grandes divinidades y mas de doscientas inferiores, que todas le estaban subordinadas, pero que cada una de ellas tenia consagrado un dia del año y recibia ciertos honores. Los aztecas honraban con preferencia al dios de la guerra Huitzilopochtli, cuya imagen habian llevado delante de ellos durante su larga peregrinacion de Aztlan á Tenochtitlan.

Entre las divinidades del Olimpo mejicano, otra cuyo nombre se citaba muchas veces durante la conquista, era el dios del aire Quetzalcoatl, que habia habitado en la tierra y enseñado á los hombres la agricultura, el arte de trabajar los metales y el arte mas difícil aun de gobernar. La tradicion dice que cuando le hablaban de guerra se tapaba los oidos. Segun la mitología azteca, habia hecho conocer á los hombres delicias iguales á las de la edad de oro de los griegos. En su tiempo la tierra se cubria de flores y de frutos sin necesidad de cultivo; una espiga de maiz formaba la carga de un hombre; el algodón aparecia ya en el árbol teñido de los colores mas vivos; el aire estaba lleno de suaves perfumes, y pájaros de un plumaje brillante hacian oír sin cesar una melodía dulcísima. Sin embargo, este dios tan paternal para los hombres se atrajo el odio de una divinidad mas poderosa que él, y se vió obligado á dejar el pais. Al marcharse se detuvo en Cholula, donde despues le levantaron un templo, cuya base piramidal existe todavia. Al llegar al golfo de Méjico se despidió de los fieles que le habian seguido y los prometió que él mismo ó sus descendientes aparecerian un dia; despues entrando en su esquife hecho de pieles de serpientes se dirigió hácia el misterioso pais de Tlapallan, del que no se sabia nada mas sino que estaba al Oriente, mas allá de los mares, es decir, en la misma direccion que Europa. Acaso esta fábula bajo su forma maravillosa no era mas que la tradicion de la dominacion de los toltecas, que habian llevado al pais las artes y las ciencias, y habian desaparecido despues; tal vez estaba fundada en la relacion de la aparicion en algun punto del continente americano de algun europeo; en la aventura de algun navegante al que la gran corriente ecuatorial,

los vientos alisios ó la tempestad habian echado en las playas del golfo mejicano, ó tal vez aun esta fábula indicaba un conocimiento confuso de las expediciones de los escandinavos á América durante los siglos X, XI y XII.

Como quiera que sea el recuerdo del Dios Quetzalcoatl y la esperanza de su regreso se habian grabado profundamente en el ánimo de estos pueblos que le esperaban como un Mesías. Estos pueblos de pieles rojas, recordaban á sus hijos que aquel dios era de alta estatura, de tez blanca, de cabellos negros y de barba larga. No hubiera sido posible espresarse de otro modo si se hubiera querido pronosticar la llegada de los españoles.

En algunas de las creencias de Méjico se encuentran ciertos rasgos generales, comunes á todos los cultos del antiguo continente; de aquí resulta entre todas las religiones, una armonía que no puede esplicarse mas que suponiendo que todas ellas tienen un origen comun. Asi los mejicanos creían en el diluvio; su Noé, llamado Coxiox, se habia salvado en un navío, y conservaban una leyenda que recordaba la torre de Babel. La historia de nuestra madre Eva y de la pérdida serpiente tenia su análoga entre ellos; pero lo mas sorprendente aun era que muchas de sus prácticas y de sus dogmas se asemejaban al cristianismo mismo; tenían el dogma del pecado original y se lavaban de él por el bautismo.

Además, consideraban á la especie humana como echada á la tierra por castigo, y en sus oraciones imploraban sin cesar la misericordia divina. «Cuando nace una criatura, dice Zurita, sus padres le reciben diciéndole: has venido para sufrir, sufrir y ten paciencia.» Entre los objetos de su culto figuraba tambien la cruz; multitud de historiadores lo refieren asi respecto al Yucatan que tocaba al Méjico antiguo, y forma parte del moderno, y no podemos dudar de ello respecto al Méjico propiamente dicho, porque en la relacion del viaje de Grijalva, predecesor de Cortés en aquellos puntos, se lee: «En una isla llamada Ulúa adoran una cruz de mármol blanco, encima de la cual hay una corona de oro, y dicen que sobre esta cruz murió un ser mas bello y mas resplandeciente que el sol.» Tenian tambien la confesion y la absolucion. Los secretos del tribunal de la penitencia eran inviolables, pero nadie se confesaba mas que una vez en su vida y por consiguiente ya muy tarde. Cuando los españoles llegaron, la absolucion religiosa purificaba de los crímenes, aun ante el brazo secular, y mucho tiempo despues de la conquista se veía á los indios perseguidos por algun crimen solicitar que se los dejara en libertad, presentando una cédula de confesion dada por su cura. Todo esto tal vez no era mas que el resultado de una especie de confusion que reinaba en aquella época á consecuencia de la autoridad que el clero tenia sobre el ánimo del príncipe, pero de todos modos encontramos en una multitud de ritos una semejanza asombrosa con los del cristianismo. Muchos de los escritores que han tratado de estas cosas, refieren que los mejicanos tenian tambien una especie de eucaristia, en la que los sacerdotes distribuian á los fieles los fragmentos de una imagen de Dios, y que estos los tragaban, prosternándose y diciendo que era la carne misma de la Divinidad.

Sus oraciones manifestaban sentimientos de una tierna caridad, el perdón y el olvido de las injurias. «Vive en paz con todo el mundo, decia en una de estas oraciones; soporta las injurias con humildad, deja á Dios que todo lo ve, el cuidado de vengarte.»

Las reglas de la moral privada tendian á inspirar los mejores sentimientos hácia el prójimo; se diría que estaban dictadas por la caridad cristiana. En la exhortacion, porque se terminaba el acto de la confesion el sacerdote decia al penitente: «da de comer á los que tienen hambre, ropa á los que están desnudos, por grandes que sean las privaciones que esto te imponga, porque la carne de los desgraciados es tu carne, son hombres semejantes á tí mismo.»

A juzgar por los sentimientos que propagaba esta religion, y por las prácticas que recomendaba á los hombres en sus relaciones mutuas, se podría creer que los mejicanos eran un pueblo de carácter dulce y tranquilo, y sin embargo de estos sentimientos, de estas prácticas caritativas, de esta benevolencia y de esta equidad, se hacian sacrificios humanos y tenían festines de canibales. Sacrificaban gran número de hombres en los altares de los dioses, y devoraban solemnemente los cuerpos de las victimas en banquetes del mayor aparato, y en los que se reunian mayor número de delicias. Hemos dicho que tenían una ceremonia que podría llamarse su eucaristia; pero la hostia que se presentaba en ella estaba amasada con sangre. El ánimo queda confuso cuando se ve que estas ceremonias execrables no eran entre los mejicanos mas que un legado de la barbarie, transmitido de generacion en generacion, y que los hijos civilizados conservaban por un estúpido respeto por sus groseros y crueles antepasados. La idea de estos horrores nació en los aztecas, cuando se hallaban en pleno progreso hácia la civilizacion; mientras mas avanzaban en las artes, mas parecían apasionarse por estas prácticas feroces. Se diría que estaban fascinados por un genio

infernal, y se comprende bien que los españoles estuvieran persuadidos de que tenían comunicaciones directas é íntimas con Satanás.

Cualquiera que fuese el origen de los sacrificios humanos entre los aztecas lo cierto es que esta costumbre abominable provenia, no de ferocidad, si no de una creencia religiosa. Los mejicanos consideraban la morada del hombre aquí abajo como una expiacion y una prueba; todo prueba en su religion que creían que en esta tierra todos tienen necesidad de rescate. Estaban persuadidos de que la Divinidad se aplaca por la sangre. Solís, en su Historia de la conquista de Méjico, dice, que en una conversacion que Cortés tuvo con un cacique venerado en Tlascalala, este jefe le dijo que sus compatriotas no podian formarse la idea de un verdadero sacrificio, á menos que no muriese un hombre por la salvacion de los demás.

Algunos soberanos trataron de oponerse á estos sangrientos sacrificios, pero fue en vano; si cesaban durante algun tiempo, era para comenzar despues con mas violencia. El último Motezuma parece haber sido el monarca en cuyo reinado se hicieron mas sacrificios de esta clase. Los compañeros de Cortés tuvieron la paciencia y el valor de contar los cráneos dispuestos en trofeos en los recintos de algunos templos, y llegaron á contar 36,000. Se calcula que cuando la llegada de los españoles se inmolaban 20,000 personas anualmente. En 1486, al inaugurar el templo de uno de los grandes dioses de Méjico, se inmolaron 70,000 victimas una á una; esta horrible carniceria duró muchos dias seguidos. La procesion que formaban estos desgraciados ocupaba dos millas de largo.

Al lado de estos sacrificios la religion de los mejicanos presenta rasgos que anuncian un sentimiento profundo de humanidad. Su idea de la vida futura les hacia admitir tres estados que podrían llamarse el paraíso, el purgatorio y el infierno, pero éste carecia de torturas físicas; la pena que se infligia allí era solo moral; los condenados se veían entregados á sus remordimientos en medio de tinieblas eternas. En cuanto al purgatorio parecia mas bien una sombra de paraíso que un lugar de expiacion; en él habia ciertos placeres aunque muy débiles, por decirlo asi, pero no se padecia nada.

El culto de los aztecas presentaba á veces unas ceremonias de una inocencia cándida, tales como procesiones con cantos y danzas, en las que los jóvenes de ambos sexos rivalizaban en los adornos y en la belleza, y desplegaban una agilidad extraordinaria. Niños de ambos sexos con coronas de flores en la cabeza, con la alegría marcada en su rostro, llevaban piadosamente ofrendas de frutos, primicias de la estacion y enormes espigas de maiz, que depositaban quemando perfumes ante las imágenes de los dioses. Si entonces se hacian sacrificios era solamente de aves, principalmente de codornices. Tal era el carácter del culto de los toltecas, sobre el que los aztecas habian venido á poner sus instintos mas enérgicos y vehementes; sin embargo, algunas de estas ceremonias habian quedado tales como las practicaban los toltecas, sin que los aztecas mezclaran en ellas ninguna de sus prácticas feroces.

El clero mejicano formaba en el estado una clase rica y poderosa, y su número era tal que el gran templo de Méjico que reunia el culto de muchos dioses y tenia cuarenta santuarios, contaba en tiempo de Cortés con 5,000 sacerdotes. Este clero, sin embargo, á pesar de su riqueza era sobrio para sí; los sacerdotes vivian retirados alrededor de los templos haciendo oracion durante varias horas del dia, practicando el ayuno, mortificándose duramente y desgarrándose la piel con puntas de aloes. Si á veces se mezclaban al mundo no era para participar de sus placeres, sino para asegurar y conservar su influencia. Cortés dice que los sacerdotes no tenían comercio alguno con las mujeres; pero otros historiadores sostienen opiniones muy distintas, sobre todo en otras ciudades del imperio mejicano. Con lo que les sobraba de sus muchas rentas, hacian grandes caridades, pero enseñaban siempre el amor al trabajo y ni aun en sus socorros favorecian á los holgazanes.

Tenian tambien el monopolio de la educacion de ambos sexos, lo que contribuia á estender mas y mas su influencia. El órden sacerdotal estaba gobernado por dos grandes sacerdotes elegidos en el seno mismo del clero, por el príncipe acompañado de los principales jefes. Esta dignidad se conferia á la capacidad sin reparar en el nacimiento. Despues del monarca los grandes sacerdotes eran los primeros y nada se hacia sin consultarlos.

M.

PRODUCCION Y CONSUMO DEL TABACO

EN EUROPA.

«La historia del tabaco, dice en una de sus fantásticas creaciones el novelista Poe, hace formar tristísima idea de la humanidad, por cuanto suministra una prueba de que el hombre, en todos los tiempos y en

todos los países, ha sentido necesidad de buscar en una sustancia excitante ó soporífera, en el opio, en el hachís, en el betel, en el coca, en el cáñamo ó en el alcohol, el olvido momentáneo de sus sufrimientos físicos ó morales. Impotente para hallar en su razon, en su inteligencia ó en el sentimiento religioso la fuerza que exige su continúa lucha con las fuerzas ciegas é inexorables que le oprimen, se ha visto obligado á buscarla en el jugo de una planta muchas veces venenosa!..»

Nosotros nos inclinamos á creer exageradas estas frases y no vemos en el consumo del tabaco mas que un pasatiempo, una simple distraccion verdaderamente pasmosa si se atiende al general uso de esta planta. El consumo del tabaco comprende todos los países sin distincion de clima, de civilizacion, de culto, de idioma y de raza. Las persecuciones de que ha sido objeto no han servido sino para ser mas codiciado; los mas enormes impuestos apenas han influido sobre el consumidor, y aunque llegaran á suministrarse de una manera evidente las propiedades tóxicas que algunos atribuyen al tabaco, es casi seguro que no disminuiria su consumo. Darse cuenta de una aceptacion tan universal no es posible, porque nada hay al parecer que la justifique. El fumador mas apasionado no acierta á explicar la impresion que le produce el uso del tabaco y no ve en él mas que un hábito. Pero como nada sucede en el mundo sin razon que lo justifique, y suele ser hábito el fumar superior á todo propósito en contrario, necesario es convenir en parte, ya que no en todo, con el novelista americano y reconocer en su consecuencia que el tabaco ha venido á satisfacer una necesidad, y una necesidad moral principalmente.

De cualquier modo que sea, nosotros abandonamos la cuestion á quien guste de este género de especulaciones, para ocuparnos esclusivamente de la importancia que en Europa tiene la produccion y el consumo del tabaco.

Los datos oficiales de que disponemos no nos permiten ofrecer á nuestros lectores, noticias bastante precisas acerca de los extremos indicados, pero lo que no alcanzan á decirnos los documentos publicados por los respectivos gobiernos, lo encontraremos en trabajos privados de la mayor estima y de entero crédito. Segun unos y otros la produccion del tabaco en Europa asciende á 152.276,800 kilogramos y las cantidades correspondientes á cada uno de los Estados en que se cultiva son las que figuran á continuacion.

Países.	Quintales métricos. (1)
Austria..	560,000*
Alemania..	341,023*
Francia..	270,000*
Tarquía..	195,000
Rusia..	113,380
Grecia..	24,948
Portugal..	22,680
Holanda..	14,313*
Italia..	12,651
Bélgica..	12,066*
Estados Pontificios..	5,841
Dinamarca..	4,134
Suecia y Noruega..	667

Segun acabamos de ver, la cantidad de tabaco que produce Europa es bastante considerable, pero no basta á satisfacer las exigencias del consumo de sus habitantes, y la diferencia la suministran los países trasatlánticos, especialmente los Estados-Unidos, las Antillas españolas, el Brasil y las islas Filipinas. La produccion de tabaco en la república anglo-americana fue de 91.000,000 de kilogramos en 1850, y de 127 en 1860. La Virginia produce por sí sola 56.000,000, y el Kentucky 49. La esportacion para Europa es, por término medio, de 912,374 quintales métricos, valuados en 300 millones de reales. La cosecha de Cuba se calcula en 12.000,000 y medio de kilogramos. La de Puerto-Rico en 2 y medio. El Brasil esporta 168,688 quintales métricos anuales.

Tambien son incompletos los datos oficiales que poseemos respecto al consumo del tabaco en las diferentes naciones de Europa, pero las estensas noticias publicadas en el periódico antes citado, permiten calcularlo, sino con toda la exactitud, al menos muy aproximadamente. Segun estos datos con que hemos completado los oficiales de que disponemos, el consumo total de tabaco en Europa es de 228 ó 23,600 kilogramos, y el de sus principales naciones, el que indica el siguiente cuadro:

Países.	Quintales métricos.	Gramos por habitante.
Holanda..	48,598*	2,684
Grecia..	20,250	1,723
Suiza..	42,395*	4,690
Dinamarca..	23,792	1,587
Alemania..	545,642*	1,530
Bélgica..	66,458*	1,399

(1) Las cifras acompañadas de un asterisco, son oficiales. Las restantes están tomadas del periódico comercial americano, *El Alerchant Magazine*.

Austria..	326,363*	894
Tarquía..	226,800	872
Francia..	289,797*	785
Suecia y Noruega..	27,210	680
Portugal..	122,630	639
Estados Pontificios..	18,631	607
Reino Unido..	172,152*	584
España..	74,494*	488
Italia..	56,275	408
Rusia..	137,651	268

Lo que desde luego se desprende del precedente cuadro, es que el mayor consumo se encuentra por regla general en los países donde es libre la fabricacion y venta del tabaco, esto es, en Holanda, Grecia, Suiza, Dinamarca, Alemania, Bélgica, Turquía y Suecia. La única escepcion notable que se presenta, es la que ofrece Inglaterra; pero debe tenerse en cuenta que en este país, aunque el monopolio no existe, rigen derechos de aduanas muy crecidos respecto al tabaco. Si pasamos luego á comparar la produccion con el consumo, resulta á favor de este último en Europa una diferencia de 757,468 quintales métricos, que ya sabemos quien la salda, los países trasatlánticos, y aunque por regla general todos los Estados europeos necesitan recurrir á América ó á Filipinas para satisfacer las exigencias de su respectivo consumo, podemos citar dos naciones, Austria y Grecia, que producen mas que consumen. España, Inglaterra y Suiza no producen nada. El tabaco que se cultiva en nuestras provincias vascongadas asciende á una cantidad insignificante, asi es que en 1863 recibieron para su consumo 261,267 kilogramos procedentes de Holanda en su mayor parte.

En Suiza no existe la prohibicion que rige en nuestro país y en Inglaterra respecto al cultivo de aquella planta, y puede cosecharse libremente; pero no consta en documento alguno que se produzca en aquella república.

El tabaco que consume España procede de los Estados-Unidos, de las islas de Cuba y Puerto-Rico y de Filipinas, de cuyos países se importaron en 1863 las siguientes cantidades.

Procedencia.	Kilogramos.
Estados-Unidos..	7.130,907
Cuba..	4.731.762
Filipinas..	561,654
Puerto-Rico..	3,380
	<hr/>
	9.431,703

De Cuba se recibieron además 3,000 mil'ares de cigarrillos puros, cuyo peso no consta en la Estadística oficial del Comercio exterior de donde hemos tomado los anteriores datos.

El valor total del tabaco importado en España durante el año 1863, asciende á muy cerca de 73 millones de reales.

Y aquí pudiéramos dar por terminados estos apuntes, puesto que ya conocen nuestros lectores cuantas noticias hay publicadas acerca de la produccion y consumo del tabaco en Europa, pero les creemos deseosos de saber las provincias españolas en que se halle mas y menos desarrollado el uso de esta planta, y á continuacion se encuentra el cuadro que lo da á conocer.

Kilogramos por habitantes.

Sevilla..	1,22	Segovia..	0,57
Huelva..	1,01	Castellon..	0,37
Cadiz..	0,90	Palencia..	0,37
Madrid..	0,88	Oviedo..	0,36
Córdoba..	0,87	Cuenca..	0,33
Málaga..	0,83	Zaragoza..	0,33
Badajoz..	0,77	Logroño..	0,32
Jaen..	0,74	Guadalajara..	0,31
Murcia..	0,73	Salamanca..	0,29
Granada..	0,72	Lérida..	0,26
Valencia..	0,65	Zamora..	0,25
Alicante..	0,64	Coruña..	0,23
Almería..	0,63	Leon..	0,21
Ciudad-Real..	0,63	Navarra..	0,21
Toledo..	0,58	Teruel..	0,20
Albacete..	0,54	Baleares..	0,19
Barcelona..	0,50	Burgos..	0,19
Valladolid..	0,47	Huesca..	0,19
Cáceres..	0,44	Lugo..	0,19
Gerona..	0,44	Soria..	0,17
Santander..	0,44	Orense..	0,15
Avila..	0,38	Pontevedra..	0,15
Tarragona..	0,38		

Seguramente no habrán sorprendido á nuestros lectores los resultados que arroja al precedente cuadro. ¿Quién ignora que en Andalucía es donde mas desarrollado se encuentra la aficion al tabaco? ¿Cómo no suponer que las provincias de menor consumo serian por regla general, las mas pobres? Las ocho provincias andaluzas figuran entre las trece de mayor consumo y solo compiten con ellas la de Madrid, en cuya capital tan desarrollada se encuentra la aficion al tabaco,

las provincias de Valencia y Alicante, una de las comarcas mas ricas de la Península, y la de Badajoz, que por confinar con Andalucía naturalmente ha de participar de sus hábitos é inclinaciones. Las provincias de menor consumo se encuentran principalmente al N. O. de la Península, las provincias gallegas y las de Burgos, Leon y Zamora, las comarcas mas pobres de la nacion. Las restantes por dos provincias aragonesas, Huesca y Teruel, y las de Navarra y Baleares.

Acaso se habrá estrañado que no figuren en el cuadro anterior las provincias Vascongadas, y las islas Canarias. Esto consiste en que los datos que nos han servido para deducir el consumo por habitante en cada provincia, son los publicados por la Direccion general de Rentas Estancadas, y en aquellas localidades no se halla monopolizada la fabricacion y venta del tabaco. En virtud de concesiones especiales gozan hace ya mucho tiempo lo que en vano solicita el resto del país.

J. JIMENO AGIUS.

LOS GENERALES PRUSIANOS.

El ejército prusiano se compone de nueve cuerpos de ejército, cada uno de los cuales cuenta unos 50,000 hombres.

Estos nueve cuerpos de ejército al empezar la guerra, se extendieron hácia las fronteras de Sajonia y de Austria, formando una ancha media luna desde Erfurt y Halle por Torgau y Görlitz, hasta el ángulo de la Silesia superior.

La division que se colocó hácia Sajonia, formaba el llamado primer cuerpo de ejército, bajo las órdenes del príncipe Federico Carlos. Este general, que en la última guerra con Dinamarca se ha distinguido tanto, es hijo del príncipe Carlos de Prusia, hermano del rey, y nació en Berlin el 20 de marzo de 1828. Habiendo recibido una educacion militar, demostró muy pronto una inclinacion especial á las armas. Al empezar la primera guerra con Dinamarca en el año 1848, era capitán, y asistió en la escolta del general en jefe Wrangel á la batalla de Schleswig. En aquella batalla se distinguió ventajosamente atacando con los húsares el flanco derecho del enemigo. En la campaña de Baden en 1849 sirvió como jefe de estado mayor del príncipe de Prusia, y fue herido gravemente en el brazo y el hombro en la accion de Wiesenthal. En 1861 fue nombrado general y jefe de la tercera division, que en 1863 hizo grandes maniobras bajo sus órdenes, y en 1864 fue la primera que alcanzó el triunfo en Duppel, en Schleswig. El príncipe lleva el uniforme de húsares; tiene pasion por las armas y una gran reputacion en la estrategia. La obra que dió á luz años pasados acerca del ejército francés, indica un buen juicio crítico y una educacion militar. A pesar de su juventud es, sin embargo, el general de mas reputacion entre los prusianos y el ejército tiene gran confianza en él. Una de las cosas que mas han contribuido á los triunfos de los prusianos en la guerra actual, ha sido la celeridad y energía de sus movimientos. La division del príncipe consta de los cuerpos de ejército, segundo, tercero y cuarto.

El jefe del segundo cuerpo de ejército, ha sido hasta aquí el príncipe heredero de la corona de Prusia; en la actualidad la manda el teniente general Schmidt, que ha combatido tambien en la última guerra con Dinamarca. El jefe del cuarto cuerpo ha sido hasta aquí el general de infantería Schack, hermano menor del general Schack, en el estado mayor del cuerpo de York, y al que éste despues del convenio de Taurogen envió con el mismo convenio al rey. En 1813 entró á servir como voluntario en el ejército; recientemente se le ha nombrado gobernador de la provincia de Sajonia. Del cuarto cuerpo hay que separar los dos jefes de division tenientes generales Fransecky y Horn.

La segunda division colocada en Silesia se halla bajo las órdenes del príncipe heredero de Prusia, que se ha distinguido tambien ventajosamente en la guerra con Dinamarca. Su division la componen los cuerpos de ejército primero, quinto y sexto.

El jefe del primer cuerpo de ejército, bajo las órdenes del príncipe real, es el teniente general Bonin, que entró en el ejército en 1819, y fue ayudante del duque Carlos de Mecklenburgo. No ha hecho mas campaña que la de Baden en 1849.

El jefe del quinto cuerpo de ejército, perteneciente tambien á la division del príncipe real, es el teniente general Steinmetz. El es el que ha mandado este cuerpo de ejército en las sangrientas acciones de Skalitz, Trautenau y Turnau en los dias 27, 28 y 29 de junio último, en las cuales se ha distinguido mucho.

El jefe del sexto cuerpo de ejército es el general Muttius, que tiene gran reputacion como general de caballería, y que en el año 1820 era ayudante del general Natzmer.

El jefe del noveno cuerpo de ejército es el príncipe Augusto de Wurtemberg, que á pesar de la actitud hostil que Wurtemberg ha tomado en esta guerra contra la Prusia, ha declarado que queria permanecer en su puesto. La primera division de la guardia, bajo sus órdenes, la mandaba el teniente general baron Hiller

de Gartringen, que ha muerto el día 3 de este mes en la batalla de Sudowa.

El sétimo cuerpo de ejército le manda el teniente general Vogel de Falkenstein, que es quien ha entrado en Hannover. En la última guerra con Dinamarca mandaba en el Julland, donde le temian por su energía. El es quien comenzó las operaciones contra Baviera, después de la rendición de los hannoverianos al general Flies, á consecuencia de la acción de Langensalza, y el que ha dado las acciones de Hunfeld y Dermbach. Una parte de las tropas de este cuerpo la manda el teniente general Goeben y otra parte el general Beyer.

Al sétimo cuerpo de ejército se ha agregado el cuerpo del teniente general baron de Manteufeld, que desde Schleswig pasó á Hannover al empezar la guerra. Manteufeld es un hombre que se ha distinguido tanto en la diplomacia como en la guerra. Una de las cosas que le han hecho mas célebre en los últimos años, ha sido su desafío con el diputado Twesten el 27 de mayo de 1861. Ha desempeñado diferentes comisiones diplomáticas; y ha sido gobernador de Schleswig; en otro tiempo ha formado parte del gabinete prusiano y es bien conocido por su energía. El general mayor Flies pertenece también á este cuerpo.

El jefe del octavo cuerpo es el general de infantería Herwarth de Bittenfeld, que tiene la fama de ser uno de los generales mas capaces y mas prudentes; se le considera como de un mérito extraordinario. Ha tomado parte en las batallas de Münchengrätz, Gitschin y Sudowa.

Cuando han empezado las operaciones contra los Estados del centro de Alemania, al cuerpo noveno se le ha agregado un décimo cuerpo de ejército á las órdenes del teniente general Mülbe.

OBSERVACIONES

ACERCA DE LA POESIA EPICA, Y EN PARTICULAR, DE LA EPOPEYA.

(CONCLUSION.)

Ahora bien, si todo género épico—igualmente que toda producción literaria—corresponde á una diversa manera que tiene el hombre de concebir las cosas, y cada una de estas concepciones procede á su vez de la diferente situación en que aquel se encuentra segun la diversidad de los tiempos; ¿qué condiciones especiales requiere la epopeya para aparecer en una literatura?

Desde luego se advierte que estas condiciones deben referirse á dos categorías distintas:—unas intimas y exclusivamente propias del desarrollo artístico y que pueden cifrarse en la pregunta siguiente: ¿qué grado del ideal literario representa dicha forma poética? Otras, comunes á la historia general y que dan lugar á esta cuestion: ¿cuál ha de ser la civilización de la sociedad en que nazca? Las primeras tocan á la historia interna de la poesía; las segundas, á su historia esterna ó enlazada con la universal.

Por lo que hace á aquellas, siendo el fin esencial de la epopeya comprender el conjunto de las manifestaciones de su tiempo (ideas, hechos, prácticas, instituciones), y no desordenada é interrumpidamente, sino bajo un plan concertado en que todas muestren su encadenamiento y reciproca dependencia, tiene como carácter propio la unidad. Para concebir esta unidad como forma visible del mundo que le rodea, necesita el espíritu humano un período de quietud y reposo, en que no lo dividan las vacilaciones y contrariedades de las épocas críticas, rompiendo su concierto interior consigo mismo primera condicion de esa calma serena que ha de resplandecer en su obra. Y esto solo acontece cuando un determinado ideal histórico obtiene su asentimiento, de suerte que reconociéndolo y aceptándolo como fundamento indiscutible de aquel orden social, solo contraiga su actividad á desarrollarlo lo que de él lógicamente se deriva, á aplicar sucesivamente sus consecuencias á la práctica realizándolo gradualmente en su vida y sus hechos.

De lo cual se desprende que ese ideal ha de estar ya, no solo constituido, sino elevado á principio y símbolo inconcuso, para cuyo fin se requieren laboriosas preparaciones, dudas y tanteos.

menzando por proverbios, refranes y máximas, ya tocantes á la observacion de la naturaleza física, ya morales y religiosas, llegan á constituir mas tarde poemas de análogo sentido; siguen á estos inscripciones

otro tanto cabe afirmar de cuantas epopeyas propiamente dichas conocemos.

Por otra parte, si de la concepcion pasamos á la forma; ¿cómo pudieran presentarse obras de semejante

palabra. Pero la literatura no se desarrolla únicamente—valga la expresion—dentro de sí misma, sino que camina con todas las otras manifestaciones humanas, regida por la ley superior comun de la historia univer-

cial de la epopeya, y no la unidad de asunto ó contenido (la cual es de rigor en toda producción literaria, de cualquier género que sea), sino unidad que ha de comprender cuantos principios y relaciones capitales se diseñan en la vida, y comprenderlos en la proporción que cada estado histórico permite. Pero si primeramente debe la epopeya recibir en su seno al hombre todo, tal como se le representa individualmente en las diversas épocas, cuando esta unidad interior se considera ya, no en sí misma, sino en referencia con el medio particular donde aparece, se nos muestra como unidad de correspondencia entre ambos términos, la concepcion del espíritu y la civilización en que nace. La fe que ese espíritu condensa y deposita en la epopeya, ha de corresponder por necesidad á lo que aquella civilización cree; su ciencia, al saber general; los monumentos que describe, á los que tiene ante sus ojos; el paisaje, á la naturaleza con quien vive; los artefactos, á los que ha visto utilizar en la industria; las instituciones á las que alcanza ó pretende su tiempo; las costumbres, á las que conoce y practica. Y esto hasta en aquellos momentos en que parece contrariarlo, porque aun entonces el poeta habla en nombre de su ideal, y este ideal ha germinado con el de su siglo y halla un eco en todos sus contemporáneos.

Por eso la epopeya es al mismo tiempo que obra universal humana, la expresión literaria mas comprensiva y característica de la índole de un pueblo ó de una edad, y como el vaso precioso donde se guardan con sagrado respeto sus memorias inmortales. Ya tenga por autor á un determinado individuo, ya á todo un período histórico, aquella sociedad es siempre su verdadero poeta que absorbe la personalidad del artista para ostentar en todo su esplendor la suya propia. Cada epopeya es una historia viva que á despecho del tiempo, perpetúa esta personalidad social imaginada en el primer momento de su belleza.

Fácil por demás en nuestra opinion debe ser ahora responder á aquella pregunta: ¿qué estado de civilización requiere la epopeya? Porque si hemos hablado que debe no limitarse á un atentado particular cualquiera, sino abrazar la unidad entera de la vida, en sus líneas principales, y que esa vida no puede ser otra en la esencia que la contemporánea y conocida del poeta, concebida de un modo superior á como los demás la conciben, esto es, en un plan armonioso penetrado de su inspiración divina, y realizada con libre genialidad en el arte, para comprender tan dilatados horizontes dos condiciones son absolutamente indispensables.

Es la primera, que el estado social en cuyo seno la epopeya se produce sea tan claro y definido (si así vale decirse), que no turbe la serenidad de la fantasía ofreciéndole do quiera encontradas disonancias y reñidas contradicciones, division, lucha y desconcierto, todo lo cual hace imposible la concepcion épica. En momentos tales de confusion y anarquía, rompese la unidad y se dispersa en mil partes, perece para la contemplacion inmediata sensible, subsistiendo solo para la razon y el entendimiento, y si pugnamos laboriosamente por fijarla en nuestra imaginacion, ó bien la estrechamos y mutilamos, dejando fuera de la imagen un mundo infinito que escapa á nuestra errante mirada, ó bien seguimos la corriente natural de las cosas y cediendo á las particulares sollicitaciones con que nos estimulan, entramos en la esfera propia de la poesía lírica.

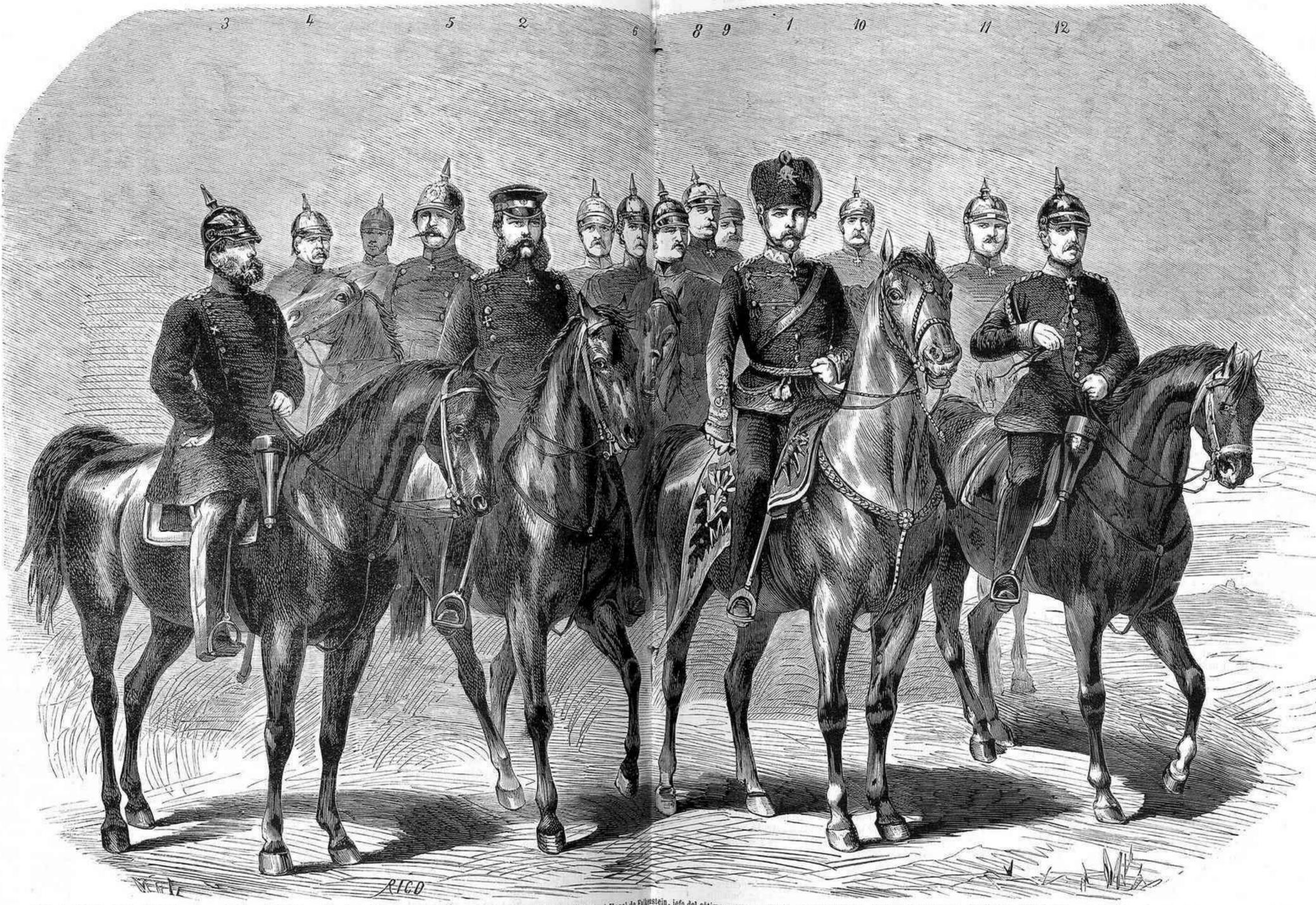
Exige la épica en general, como condicion esencial histórica, una civilización en que el objeto que toma por asunto de sus distintas creaciones, aparezca enlazado interiormente como un verdadero todo, como un organismo. Poesía de unidad, la unidad debe reinar en cuanto á ella toca y se refiere. Pero si basta al poema didáctico que este organismo se realice en las convicciones—ya religiosas ya científicas, morales y demás—de su época, y al histórico una constitucion social que manteniendo á cada término de la actividad humana en un círculo determinado, permita seguir fácilmente

sal. Y, como parte principal que es de ella, guarda con esta historia esenciales relaciones y las guarda tambien por tanto, con los demás elementos sociales que, interviniendo en su trama le prestan condiciones y auxilio. Necesita, de consiguiente, en cada una de sus diversas maneras de ser y de realizarse cierta cooperación de cuanto la rodea, que de este modo, viene á ser con causa de su obra, así como ella á su vez lo es del progreso de las instituciones, de las ideas, de las costumbres, en la civilización general humana.

Ahora bien: ¿qué grado de esta civilización es el propio para la aparición de la epopeya? Hemos reconocido á la unidad como la índole espe-

importancia, cuando el espíritu humano, falto de experiencia técnica, sin conocer los secretos maravillosos del arte ni haberse ejercitado en ellos, sin poseer el dominio, ni aun casi el uso, de los materiales que han de servirle para dar cuerpo á su creación, se encuentra esclavizado á la servidumbre del rudo lenguaje de las necesidades ordinarias, que no sabe entender ni trasformar? Otro tanto valdria decir que, en la vida comun, el niño, cuyo trémulo lábio apenas balbucea unas cuantas voces ignorando todavía el pleno sentido que encierran, es capaz de mostrar en su conversacion la propiedad, la exactitud y la libertad del orador elocuente á quien con dócil obediencia se plega la flexible

biográficas y anecdóticas, descripciones y cantos de sucesos particulares, cuya tradicion á su vez florece en verdaderos poemas históricos. Y entonces es cuando despues de diferentes tentativas, aparece la epopeya. Así en Grecia, segun todas las probabilidades, los poetas gnómicos son anteriores á todos; siguen los heróicos y rapsodas, y el inmortal Homero, ó el gran movimiento literario que lleva su nombre, corona portentosamente el ciclo épico, que luego decae en los continuadores é imitadores de aquel monumento insigne. Del mismo modo, á la Divina Comedia, precedieron leyendas, poemas y tradiciones sin número; y



1 Príncipe Federico Carlos, jefe de la primera division.—2 Príncipe real Federico Guillermo, jefe de la segunda division.—3 Teniente general Vogel de Falkenstein, jefe del sétimo cuerpo.—4 Teniente general Bonin, jefe del primer cuerpo de ejército.—5 Príncipe Augusto de Wurtemberg, jefe del noveno cuerpo.—6 General Schack, jefe del cuarto cuerpo de ejército.—7 General Mattias, jefe del sexto cuerpo de ejército.—8 Teniente general Steinmetz, jefe del quinto cuerpo de ejército.—9 General Mülbe, jefe del décimo cuerpo de ejército.—10 Teniente general Schmidt, jefe del segundo cuerpo de ejército.—11 General mayor Beyer, del sétimo cuerpo.—12 General Herwarth de Bittenfeld, jefe del octavo cuerpo de ejército.

LOS GENERALES DEL EJERCITO PRUSIANO.

la trabazón de los acontecimientos y sus causas, sin verla á cada paso interrumpida por el accidente, siendo el asunto de la epopeya la sociedad toda, requiere, á mas de la unidad de ideas y la unidad de costumbres, la de su mútuo intrínseco encadenamiento: la unidad del fondo con la forma del pensamiento con los hechos sensibles de los principios con las instituciones de suerte que todos los elementos concuerden y se correspondan entre sí, concurriendo á mostrar la realidad entera de la vida.

De estas consideraciones se deduce la segunda condición necesaria para que se manifiesten esta clase de obras: la sencillez de la civilización, ó lo que es igual: que ésta encerrada aun en limitados horizontes, se halle regida por la acción suprema de una fuerza preponderante de la cual reciba todo su carácter y sentido. Por el contrario, una sociedad compleja, desenvuelta en muy varias y aun opuestas direcciones y gobernada asimismo por los diversos principios que ha logrado hacer triunfar cada esfera de relaciones, repugna á la índole particular de la epopeya, que no puede abarcarla en su representación, y solo encuentra su expresión literaria adecuada y propia en la lírica—si esos intereses luchan todavía unos con otros—ó en la dramática si conciertan ya con libre y fecunda armonía.

No es pues en la tosca y primitiva infancia de los pueblos, sembrada de perturbaciones sin número, entre las cuales se preparan á la vida, donde la epopeya aparece; sino en aquel punto en que fijadas las condiciones generales de su existencia, realizan sosegadamente el fin exclusivo hácia el que durante su primera edad, convierten sus esfuerzos. En el desarrollo de los géneros épicos, la poesía didáctica establece los principios: la histórica invoca los precedentes: y la epopeya, enlazando ambos términos, y objetivando por decirlo así, la conciencia y la tradición nacionales, revela con viva claridad que aquellos han dado el fruto que prometían.

FRANCISCO GINER.

CELIA MAZO.

(CONTINUACION.)

Era ella, sí, era Celia, mas bella que nunca, y al mismo tiempo era la dama, que en el Real se había reido de mí, al ver la insistencia con que la miraba. Es decir, que era ella y que había tenido tal disimulo y tanta sangre fría que había conseguido hacerme creer que no era ella.

Hipólito la saludó al pasar.

—¿A quién has saludado? le pregunté.

—A la condesa del Lago.

—No sabía quién era: la había visto con frecuencia en los teatros y en paseo con un caballero de edad avanzada...

—Su marido, el conde.

—Pero ignoraba quién pudiese ser.

—Es hija del general Mazo, y á pesar de ser su marido un hombre ya achacoso y de mas de setenta años nadie tiene nada que decir de la condesa.

Siempre que la berlina pasaba junto á nosotros, en vez de fijar la vista en Celia, miraba indiferentemente y corría en seguida á otro lado mi mirada. Ella se apercebía al punto de este manejo, y en la última vuelta en una mirada tan espresiva como rápida me dió las gracias por la exactitud con que cumplía sus órdenes.

—¿Qué te parece la condesa del Lago? me preguntó Hipólito no sabiendo ya de qué hablar.

—Sin ser una preciosidad, me parece bastante bonita.

—Sobre todo es una mujer en extremo elegante y que se viste con muchísimo gusto y sin ninguna exageración. Luego es tan sencilla y tan amable. Su marido ha sido diplomático, pero ya hace años que dejó la carrera. Esta noche les toca el turno en el Real. Reciben además los jueves. ¿Quiéres que te presente?

Tuve que hacer un gran esfuerzo de voluntad para contestar que no.

Pero en cambio aquella noche me fuí al Real.

¿Qué largo me pareció el primer acto de *Lucrecia*! Perdóneme Donizetti, pero creí que nunca iba á acabar aquel acto. Y era que su palco se hallaba aun vacío.

Al fin la ví entrar, acompañada por el conde. Yo no sé cómo sabía que me hallaba en el teatro, ignoro de qué manera pudo adivinar la butaca en que me encontraba, pero lo cierto es que sin vacilar su primera mirada se dirigió hácia aquella butaca.

Estaba triste. ¿Qué había pasado desde aquella tarde, en que la alegría brillaba en sus ojos y la risa jugueteaba en sus labios? ¿Qué nublaba su pálida frente? ¿Qué oscurecía sus lánguidos ojos? Lo cierto es que en toda la noche ni su mirada perdió su vaga melancolía, ni una sonrisa arrugó sus labios.

En un momento, en que yo la miraba, su pequeña mano pareció trazar letras informes en el antepecho del palco.

Antes de acabar la ópera se levantó, apresuróse el conde á ponerla el abrigo y marcharon.

Me faltó tiempo para marcharme tambien. Y una vez llegado á mi casa, pregunté:—¿Hay cartas para mí?

—Sí señor: hay una carta del correo interior, me contestaron.

La abrí apresuradamente y solo contenía estas palabras:

«Gabriel: Una palabra de despedida. Mañana me marcho de Madrid y es muy probable que no nos volvamos á ver hasta el invierno. No trate usted de buscarme ni de saber dónde me encontraré. Prometo á usted en cambio escribirle de vez en cuando, y tal vez si no es usted curioso y promete no decir locuras, permitiré tambien que me escriba siquiera para tener noticias de nuestra sociedad de lotería. Adios, pues, y no dude usted es su amiga—Celia.»

VI.

LA INCERTIDUMBRE.

Esta carta me produjo una profunda tristeza. Al ver á Celia en el Teatro Real y en la Castellana, al comprender que ya no se ocultaba á mis ojos, rompí decididamente el incógnito y dejaba de ser la Dama Duende para ser la amiga de tantos años, había nacido en mí la dulce esperanza de verla todos los días, de admirar su belleza de lejos, de contemplarla perdido y oculto entre la multitud, ya que me prohibía acercarme á ella y oír su voz y acabar de enloquecer con su trato.

Porque ¿á qué ocultarlo? poco á poco el amor se había ido apoderando de mí, ayudado por el misterio, por las contrariedades, por la curiosidad, por los recuerdos, y la amaba ya con locura, con toda mi alma.

Y cuando me daba por contento con verla de lejos, con sorprender alguna fugitiva mirada suya que se fijaba un segundo en mí, con ver entonces el ligero carmin que sonrosaba sus mejillas al verse sorprendida, con recibir de tarde en tarde alguna carta suya, esas felicidades se me arrebataban tambien y no la volvería á ver en mucho tiempo, y quién sabe si olvidándose con la ausencia de su promesa, dejaría tambien de escribirme.

Pero lo había prometido, y yo creía en ella y esperaba con la impaciencia mas estremada una carta suya que viniese á consolarme de no verla. Primero las horas me parecieron siglos, despues conté por días, y los días se deslizaban uno tras otro sin traerme carta suya. Pasaron algunas semanas, pasaron meses; á la primavera sucedió el verano, y no llegaba su carta, y yo no me atreví á moverme de Madrid, esperando su llegada.

Un abatimiento indecible se apoderó por completo de mí: primero fueron cóleras sordas y violentas, horribles tormentas de pasión que rugían en mi pecho, me abrasaban y me enloquecían; y despues la calma de la atonía, la insensibilidad, el embotamiento que produce la fatiga del dolor.

¿Cuánto sufrí en aquellos meses de eterna duración! Parecía un alma en pena errante por el mundo. Pálido como la muerte, demacrado hasta la consunción, sin brillo ni vida los ojos, descoloridos los labios, sin agilidad ni vigor el cuerpo, inerte el pensamiento, costaba trabajo á mis mismos amigos conocerme, y yo mismo me desconocía al mirarme al espejo ó escuchar el sonido de mi voz. La mas cruel y prolongada enfermedad hubiera producido efectos menos visibles y palpables: parecía que había estado á las puertas de la muerte, y que al renacer á la vida, conservaba algo de lo que había podido ver desde el dintel del sepulcro.

—Procura distraerte, me decían mis amigos.

Y yo me lanzaba al torbellino de los placeres, y procuraba aturdirme con el ruido y el estruendo. Todo en vano. Jugaba y ganaba ó perdía, sin conseguir experimentar la mas pequeña emoción; bebía, y el vino no tenía poder para embriagarme; procuraba curar el amor que me mataba con el amor y la medicina era ineficaz tambien, porque mi alma se hallaba completamente dominada por la pasión exclusiva y ardiente que me consumía y mis sentidos no se movían ni salían de su glacial inercia.

Y yo me sentía poco á poco morir; conocía que la vida iba estinguéndose en mí paulatinamente, y asistía á mi lenta y prolongada agonía con la misma indiferencia que se ve morir en el teatro el protagonista de un drama.

¿Cuándo faltaría el aceite á la lámpara? ¿Cuándo iba á apagarse la luz y á hacerse las tinieblas? Parecía como que nada me importaba, como si el eterno problema de ser ó no ser me fuera indiferente.

Se me veía en todos lados. Andaba por las calles como una sombra; cruzaba con frecuencia las alamedas del Retiro ó de la Castellana; entraba á veces en el Ateneo ó en el Casino, pasaba mis ojos por las páginas de las revistas ó las columnas de los periódicos, y no había leído ni una sola letra despues de un cuarto de hora, me sentaba en mi butaca del Real ó del Príncipe, pues los teatros habían vuelto á abrirse, y terminada la función no podía decir qué comedia ni qué ópera se había ejecutado.

Ya no esperaba una carta de Celia, ya no tenía tam-

poco esperanzas de que volviese de su viaje. ¿Podía yo acaso decir con certeza si Celia era una mujer ó una sombra, un ser real ó una ficción de mi fantasía?

Una noche estaba en el teatro del Príncipe; era en un entreacto; á mi lado había dos de esos viejos verdes, pollos de otra edad que no quieren convencerse de que los años han pasado por ellos; su conversación resonaba confusamente en mi oído, y solo podía darme cuenta de que pasaban revista á las mujeres notables en Madrid por su belleza, por su nombre ó su elegancia; uno de ellos acababa de llegar de Alemania y el otro le ponía al corriente de la crónica madrileña.

(Se continuará.)

ENRIQUE FERNANDEZ ITURRALDE.

BALADA.

Pasaba de la vida
la senda recorriendo sin destino;
tropecé con tus ojos
y de amor en tus aguas fuí marino.

Navegué en la *Esperanza*,
buque hermoso y velero aunque inseguro
mas el buque á estrellarse
fué contra un corazón ingrato y duro

El inmenso oleaje
abrió sus brazos azulados, bellos;
desesperado, loco,
cerré los ojos y arrojéme á ellos.

Al ceñirme con fuerza,
afinánome van: estoy perdido;
¿Cuándo vendrá á buscarme
La barca salvadora del olvido?

J. PUIG PEREZ.

LA CUESTION DE CUBA.

Yo no sé en qué consiste que la mayor parte de los escritores de costumbres se van á buscar las costumbres á las buhardillas y á los quintos pisos.

La vida privada del cesante, las aventuras de la modista incandescente, el hambre canina del traductor á jornal... todo esto es digno de estudio, no lo dudo, pero ¿qué necesidad hay de subir tantos escalones para estudiar esos cuadros de la gente de poco pelo?

¿No es mas sencillo sentarse en la portería y observar lo que pasa?

Si yo fuera autor acreditado, había de escribir un libro con este título: *Los dramas de la portería*.

Título tan llamativo, por lo menos, como el de una comedia que escribió un fondista amigo mio, llamada: *Amor, constancia y olvido, ó el pañuelo de yerbas*.

Ya que ni el tiempo ni el espacio de que hoy dispongo me permiten *estenderme ó ser mas largo*, como dicen los que escriben cartas, y escribir todo un drama porteril, baste una escena para dar á conocer lo que ocurre casi todas las mañanas en el portal del señor Matías, calle del Leon, número no sé cuantos.

Principiemos por enumerar los personajes:

EL SEÑOR MATÍAS,

Portero, zapatero honorario del cuerpo de criadas del barrio, esposo en propiedad de la señora Verónica; ex-miliciano, ex-criado de un periodista, natural de Madrid y aficionado furioso á la lectura de todo papel impreso.

EL SEÑOR MANUEL,

Portero de la casa de enfrente, de la misma profesión que el señor Matías, y llamado por mal nombre Agua-tibia; enemigo simulado de aquel, á causa de la identidad del *arte* que ejercen; asistente á la lectura de periódicos en el portal de Matías y abonado á turno diario á la taberna de la esquina;

TORIBIO,

Conductor de agua, es decir, aguador de las dos casas y amigo de los dos maestros; bruto de nacimiento y un poco adorador de

LA JUANA,

Mujer de Agua-tibia que está un si es ó no es disgustada de la conducta censurable de su marido. Este personaje (la Juana) habla desde el portal de su casa porque está reñida con

LA SEÑORA VERÓNICA,

Que no se presenta en escena y habla desde el fondo de la portería.

Suenan las siete. El señor Matías sentado en su banquillo, remonta una bota cantando:

Solo tienes una falta
que te la voy á *dicir*,
que te quitas de la puerta
cuando me ves *devenir*.

(Aparece el señor Manuel en su portal).

EL SEÑOR MANUEL.

¡Cómo cantan los ricos!

EL SEÑOR MATÍAS.

¡Hola vecino, parece que madrugamos!

EL SEÑOR MANUEL.

Si es pulla, váyase por cuando usía se duerme.

EL SEÑOR MATÍAS.

¡Ya empezamos?

LA SEÑORA VERÓNICA. (Dentro).

Mira, Matías, no tengamos *belen* con los de en frente, que ya estoy fastidiá de ser *turdibio* de naide.

EL SEÑOR MATÍAS.

Pierde cuidiao, que yo tengo mas principios que él y no dejo la ida por la venida.

TORIBIO. (Entrando en el portal con la cuba al hombro).

¡Buenos días nus dé Dios!

EL SEÑOR MATÍAS.

¡Buenos días, *maestro*! Siéntate un poco si me traes ese *papel*.

TORIBIO.

En verdá que lu traigo y que dicen que está mu güenu, pero antes voy al cuarto segundo á ver si cobro seis cubas que se me deben y que no puedo hacer cubradas.

LA SEÑORA VERÓNICA.

Miá, Toribio, mas valdrá que te sientes, porque el dinero pa pagarte á tí lo han *dío* á buscar á las Américas...

TORIBIO.

No, pus yo non deju de cobrar hoy mesmu mi dinero, que es sagradu.

LA SEÑORA VERÓNICA.

Aunque parece...

EL SEÑOR MATÍAS.

Cállate, Verónica, y no me seas mala lengua, no parece sino que no sabemos toos que cada casa es una historia; á ver Toribio, venga el *papel* y leeremos un rato, tan y mientras que subes y bajas.

TORIBIO.

Tome, pues, que pronto vuelvo.

(El señor Matías toma el periódico y comienza á deletrear; el señor Manuel entra en el portal)

EL SEÑOR MANUEL.

¡Qué dicen los papeles, compae Matías?

EL SEÑOR MATÍAS.

Eso voy á ver... ¡Ejem! Ejem!

LA SEÑORA VERÓNICA. (Dentro.)

¡Miste, señor Manuel, que están *yorando* aquellas criaturas!

LA JUANA. (Desde su porteria).

Si yoran ó no, madre tienen pa que las cuide, y caa uno en su casa...!

LA SEÑORA VERÓNICA.

¡Ay que Dios! ¡Estabaosté ahí, vecina? no me había enterao...

LA JUANA.

¡Puede!

LA VERÓNICA.

Las que hemos tenio hijos, siempre se nos conoce...

EL SEÑOR MANUEL. (Aparte.)

¡Te veo, besugo! Esta lo que quiere es que yo no oiga la *letura*.

(El gallego baja echando sapos y culebras por la boca).

LA SEÑORA VERÓNICA.

¿Has cobrao las cubas, hijo?

TORIBIO.

¡Lléveme el demu si vuelvo á traer el agua! ¡Dice la chica que están durmiendo los amus! ¡Pus cuando se debe á un probe, no se duerme!

LA JUANA.

¡Y habrás sido tan lila que habrás dejao el agua!

TORIBIO.

¡Claramente que hela dejadu!

LA SEÑORA VERÓNICA.

¡Qué cuidao se toman algunas por los amigos!

EL SEÑOR MATÍAS.

¡Mira, Verónica, no tengas ganas de que ande San Benito Palermo!

EL SEÑOR MANUEL.

Déjela usté, que habrá pasao mala noche, y está *endómita*.

TORIBIO. (Sentándose en la cuba.)

Lea, señor Matías.

EL SEÑOR MATÍAS.

¡Anda, anda! ¡Pues no es cosa la guerra que hay por allá abajo! (Leyendo.) «Cuestion dino... dino... dano-alemana...» Vamos á ver qué clase é cuestion es esta, cabayeros.

TORIBIO.

Mala cosa son las *custiones*; yo nunca las quiero tener...

EL SEÑOR MANUEL.

¿Quiere usted callarse, prenda?

EL SEÑOR MATÍAS.

«Ascienden á mas de treinta mil los muertos de la botella de...» ¡digo! de la botella... no, no dice eso... la ba-talla de Su...do...ba!

TORIBIO.

¿Ese pueblo no está cerca del Ferrol?

EL SEÑOR MATÍAS.

Eso es, como quien tuerce á la mano; ¡pedazo de bruto, si está en la Alemania!

EL SEÑOR MANUEL.

¿Alta ó baja?

EL SEÑOR MATÍAS.

No señor, en la Alemania, tal y como se ice; en el mesmo corazón de Italia.

TORIBIO.

¿Dígame, y esa tierra caerá mucho lejos?

EL SEÑOR MATÍAS.

Claro está, hombre; está mas lejos que París el de Francia, con que échate á pensar si se puede ir al *pedibum andando*, como dijo el otro.

EL SEÑOR MANUEL.

Por supuesto que too eso será *camama*.

EL SEÑOR MATÍAS.

¡Poco á poco, que á mí no me dismiente ningun nacido!

TORIBIO.

¡Claramente que no! El señor Manolo quiere decir que el periódico no dice verdá en eso de los muertos.

EL SEÑOR MATÍAS.

¡Bien se conoce que no saben ustés lo que es morir gente en el mundo! Habían ustés de haber visto á los franceses el año veintitres como yo los ví, que mala gangrena me salga en la lengua si miento.

EL SEÑOR MANUEL.

¡Conformes, hombre! ¡Pero á cuento de qué se matan así los hombres?

EL SEÑOR MATÍAS.

¡A cuento é que están en guerra! ¡Miste qué salida!

TORIBIO.

Ma yo no lu sabia.

EL SEÑOR MATÍAS.

El periódico ice que en la batalla é la Saboga han escabechao á toa esagente; pues bien, ustés no saben porque es eso y por eso dicen lo otro. A ver si yo me esplico y ustés no me entienden.

TORIBIO.

Dígalo prontu.

EL SEÑOR MATÍAS.

Pues es la cosa que ahora hay leña por Alemania, que está á la izquierda de Roma, como quien va á la Tierra Santa, que es el decir, que aquello anda muy malo; ¿ustés comprenden? Pues bueno, el emperao de los alemanes paece que ha movio la gresca porque dice que querían quitarle un pedazo é tierra; que es como si ahora digo yo (y perdonen ustés el modo é señalar), aquí en el portal está mi tierra, y en el portal del señor Manuel la tierra de los austriacos, que están mas allá de la Ingalaterra, ¿eh? y vienes tú que eres el otro, y te metes por medio haciendo estrago; pues el señor Manolo y yo que vamos *aligaos*, te damos la desazon y acabamos contigo, y ahí tienes la guerra, que es lo que se dice. Me paece que esto es claro como la luz del dia.

TORIBIO.

Y por eso le llaman la *custion*.

EL SEÑOR MANUEL.

¡Velay!

EL SEÑOR MATÍAS.

¡Eso mesmo! Tambien llamaban hace tiempo á la otra guerra la cuestion de Italia, que querían dársela á uno que le dicen el buey de Túnez; y la cuestion del Viznielo y Elhombreardía y la cuestion de la Gallitzia.

TORIBIO.

¡No, eso sí que no! ¡En Galicia no ha metidu nadie la pata entudavía! ¡Quien diga otra cosa dígoles que miente!

EL SEÑOR MATÍAS.

Pues á mí no me lo dirás porque la Galicia mia es otra que la tuya.

EL SEÑOR MANUEL.

Deje usté, que qui el compadre Matías nos va á sacar el sol de la cabeza á todos.

LA SEÑORA VERÓNICA.

Matías, no pierdas el tiempo con gente denútil.

EL SEÑOR MATÍAS.

Yo sé lo que me digo y he estao en imprentas mas tiempo que otros y estoy enterao, ¡ea! y lo que digo es que hay dos Galicias.

TORIBIO.

Dígoles que no, y que no sabe lo que se pesca!

EL SEÑOR MANUEL.

Cabayeros, no hay que tomarla por ahí: ¿hay mas que preguntárselo al del principal de mi casa, que escribe en los papeles y lleva esas cosas en la uña?

EL SEÑOR MATÍAS.

Eso tampoco es muy seguro, porque los hombres siempre se van al lao que mas cuenta les tiene, y puee ocurrir que ese señor sea enemigo de la *custion* que aquí hablamos; porque yo he conocio á uno que le ecian Fray Gerundio... ó por otro nombre el señor de Larra, que ..

TORIBIO.

Ya lu sé; que hacia vender un *papel* que llámanlo *Don Gil Blas* y es de la Coruña!

EL SEÑOR MATÍAS.

¡Ahí está el golpe! y el tal que yo digo no era muy allá que digamos pa las *custiones* estranjeras, y en fin, cuando se les dice á ustés que es la verdad lo que se dice, está dicho. Ahora lo que tié que ver es la guerra de Alemania y yo estoy en lo que digo, que, gracias á Dios, no me estorba lo negro como á otros, y leo de corrio...

EL SEÑOR MANUEL.

Güeno, hombre, güeno, ya sabemos que usté es muy leío y muy escribio... ¿verdá Toribio?

LA SEÑORA VERÓNICA.

Oyes, Matías, guárdate el *papel* y no hagas caso é gente que no comulga!

LA JUANA. (Desde su portal.)

¡Toribio, ya lo oyes!

TORIBIO.

No, á mí no me tienen que decir las cosas de mi tierra, y en todo caso, allá queda mi mujer con las criaturiñas y yo sé que no ha entrao naide en Galicia!

EL SEÑOR MATÍAS.

¡Y yo te igo que eres un alma en pena, y un tonto, y un peazo é pan pa estas cosas!

TORIBIO. (Cargado y levantándose.)

Pues lo mismo digu, y además, *cuchinu*.

EL SEÑOR MATÍAS.

¡Me parece que te va á pesar haber nacio, Toribio.

LA JUANA.

¡Miá que te insultan!

LA SEÑORA VERÓNICA.

¡Qué interés te tiene la Juana, ¡Jesús! hay mujeres que no reparan ni en que esté su pariente elante!

EL SEÑOR MANUEL.

Ea, ya se acabó el estar yo callao y el aguantar indirectas, que ya me canso de que me pinchen, y aquí no va á quear cosa con cosa.

EL SEÑOR MATÍAS.

¡Usté es un *Agua-tibia* que viene aquí á poner en mal á la gente!



LA CUESTION DE CUBA.

TORIBIO.
¡Y usted un embustero del Demu!
El señor Matías empuña una lezna. El señor Manuel

un banquillo. Toribio levanta la cuba y la deja caer sobre la mesa. Confusion general. Diálogo animadísimo por todas partes.

aquella mañana, me respondió enseñándome su cuba compuesta por varios lados:—¡Cuestion de cuba, señó-ritu! Yo non quiero mas cuestiones!

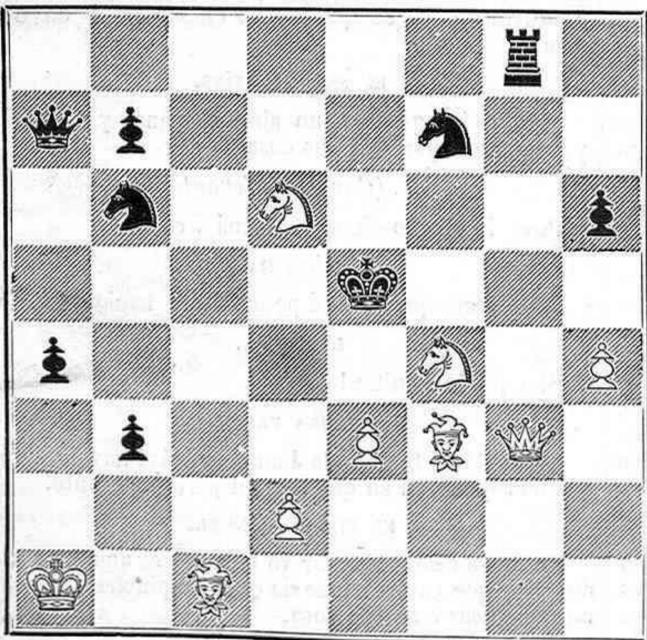
EUSEBIO BLASCO.

JUEGO DEL AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 59.

POR M. FONTANA (DE LORCA.)

NEGROS.



BLANCOS.

LOS BLANCOS DAN MATE EN TRES JUGADAS.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. 57.

Blancos. Negros.

- | | |
|----------------------|-----------|
| 1.ª D 5 R jaq. | 1.ª R 1 D |
| 2.ª P pide A | 2.ª R 5 D |
| 3.ª A 5 T D | 3.ª R 4 R |
| 4.ª A 5 A D j. mate. | |

Soluciones exactas.—C. Valdespino, E. Castro, R. Canedo, E. Canedo, J. Oller, C. Lara, de Madrid.—A. M. Fernandez, de Gijón.—M. Zamora, de Almería.—A. Galvez, de Sevilla.—J. S. Fábregas, de Tarragona.—M. Campá Porta, de Vich.—Señores socios del casino de Lorca.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. 58.

- | | |
|--|-------------|
| 1.ª D 5 T R | 1.ª R 5 A R |
| 2.ª D 6 C R | 2.ª Libre. |
| 3.ª D C ó P segun las jugadas contrarias, jaq. mate. | |

Soluciones exactas.—D. Garcia, B. Garcés, E. Canedo, M. Lerroux y Lara, R. Canedo, E. Castro, de Madrid.—M. Campá Porta de Vich.

PROBLEMA NUM. XXX, (RECTIFICADO),
POR D. C. GOLMAYO.

Blancos. Negros.

- | | |
|---------|-------|
| R 7 D | R 4 D |
| A 2 C D | P 4 R |
| P 5 A R | 4 C D |
| 3 D | |
| 5 A D | |
| 4 C D | |

Los blancos dan mate en tres jugadas.

GEROGLIFICO.



La solucion de éste en el próximo número.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAS.
IMPRESA DE GASPAS Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.

—¡Tunante!
—¡Ladron!
—¡Mal hombre!
—¡A la cárcel!
—¡A mí no me dismiente naide!
—¡Vecinos!
—¡Fuera!
—¡Miau!!
—¡A ese!
—¡Que se me pague mi cuba que me han roto!
—¡Anda y que te la pague el que te la ha roto!
—¡Esa mujer tiene la culpa que le tiene tirria á mi mario!
—¡Como que usted no tiene por qué callar!
—¡Silencio!
—¡Caa uno á su nido!

Despues de un momento de calma, debido á la presencia de la autoridad y de algunos vecinos pacíficos, el señor Matías vuelve á coger su periódico y se pone á leer diciendo:

—¡Si sabré yo lo que son las cuestiones!

La señora Verónica le dice:

—¡Matías, á tí te va á perder la lectura!

—¡Cállaté, arrastrada! que vosotras teneis la culpa é too... yo le hubiera probao á ese bruto que la Galizia de que yo hablo está en la otra mar, cerca del monte Olivete, solo que vosotros habeis metio la pata!

Y vuelve á leer, y los zapatos no se remiendan solos.

Cuentan de un enamorado, que viéndose precisado á pasar por un huerto para hablar á su amada, tenia que habérselas con un perro capaz de morder sin avisar, y para evitar el desprendimiento de un pedazo de pantorrilla le arrojaba un pedazo de pan y pasaba impunemente.

Si el enamorado hubiera tenido que habérselas con el señor Matías en parecido caso, con haberle arrojado un periódico hubiera podido hacerse dueño del campo.

Esto no quiere decir que el señor Matías muerda, pero poco le falta.

Desde la última cuestion resuelta en la porteria, Toribio ha renunciado á presentarse por allí temiendo nueva refriega, y cuando el otro dia le pregunté qué cuestion debatian tan acaloradamente